

ALFAGUARA

«De lo que trata de verdad
de la fuerza de las mujeres.
Cuando lean el libro, busquen
esa fuerza.»

Akhila, una mujer de cuarenta y tantos años, soltera, y de quien ha dependido siempre su familia, siente un repentino impulso de huir de todo. En el furgón de un tren que atraviesa la India en dirección al sur, se encuentra con otras cinco viajeras con las que comparte confidencias.

EL VAGÓN DE LAS MUJERES



Janaki, una madre confundida; Margaret, una profesora de química con un marido tiránico; Prabha, una sumisa esposa que busca su verdadera identidad; Sheela, una muchacha de catorce años que comprende los últimos deseos de su abuela mejor que nadie; Marikolanthu, que ha vivido más experiencias que todas ellas juntas; y Akhila, que espera que sus historias cambien su vida.

Seis personajes que se cruzan en esta cálida novela para descubrir el amor, el matrimonio, la familia, la amistad y el trabajo en la India... y en el mundo.

ISBN: 94-204-6511-9



9 788420 465111

Traducción
Manu Berástegui

Anita Nair

El vagón de las mujeres



ALFAGUARA

ALFAGUARA

Título original: Ladies Coupé

© 2001, Anita Nair

© De la traducción: Manu Berástegui

© De esta edición:

2002, Santillana Ediciones Generales, S. L.

Torrelaguna, 60. 28043 Madrid

Teléfono 91 744 90 60

Telefax 91 744 92 24

www.alfaguara.com

- Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara S. A.
Beazley 3860. 1437 Buenos Aires. Argentina
- Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara S. A. de C. V.
Avda. Universidad, 767, Col. del Valle,
México, D.F. C. P. 03100. México
- Distribuidora y Editora Aguilar, Altea,
Taurus, Alfaguara, S. A.
Calle 80 n° 10-23
Santafé de Bogotá. Colombia

ISBN: 84-204-6511-9

Depósito legal: M. 36.552-2002

Impreso en España - Printed in Spain

Diseño:

Proyecto de Enric Sarué

© Cubierta:

Namas Bhojani

Queda prohibida, salvo excepción prevista
en la ley, cualquier forma de reproducción,
distribución, comunicación pública y transformación
de esta obra sin contar con autorización de
los titulares de propiedad intelectual.

La infracción de los derechos mencionados
puede ser constitutiva de delito contra la propiedad
intelectual (arts. 270 y ss. Código Penal).

*Para Suomini, mi madre,
que me enseñó todo lo que hay que saber
y luego me dejó defenderme a mi aire.*

Nota de la autora

Hasta principios de 1998 había una taquilla especial para las señoras, los ancianos y los minusválidos en la estación de ferrocarril del distrito de Bangalore. Y en la mayoría de los trenes nocturnos de la India con compartimentos de segunda clase, había un vagón especial para mujeres.

Desde entonces, se ha abolido la ventanilla de las mujeres en todas las estaciones de tren. También me han informado varios empleados de los ferrocarriles, en particular jefes de estación y revisores, que el vagón de las mujeres ya no existe y que los vagones nuevos se fabrican sin este compartimento.

Si nos fuera posible estar en la habitación
cuando entráramos nosotras mismas,
pocas de nosotras notaríamos cómo el corazón
florece al oír girar el pomo de la puerta.
Pero luchamos por nuestros derechos, no dejaremos
que nadie nos arrebate el aliento
y nos defendemos de cualquier intento
de impedirnos hacer uso de nuestras voluntades.

REBECCA WEST

1.

Siempre ha sido así: el olor de los andenes de la estación por la noche le produce a Akhila sensación de aventura.

El largo pasillo de cemento que se adentra en la noche roto por los indicadores y las luces y sombras de las farolas de la estación. Los brazos móviles del reloj que marcan un ritmo acuciante al ruido de las pantallas de televisión colgadas y al crujir de las carretillas cargadas de cestas y sacos. El bullicio del sistema de altavoces que cobra vida con un chasquido para anunciar salidas y llegadas. El jasmín del pelo, el sudor y el fijador de pelo, el talco y la comida rancia, las bolsas de arpillera húmedas y el fuerte aroma verde de las cestas de bambú. Akhila respira todo esto y vuelve a pensar en la aventura. Una marea de personas lanzándose en pos de aspectos de la plenitud de los que ella no tiene ni idea.

Akhila ha pensado en ello con frecuencia. En formar parte de esta marea que entra en los compartimentos y se acomoda en sus asientos, que coloca sus equipajes con sus billetes bien agarrados. En sentarse de espaldas al mundo, con la mirada fija al frente. En marcharse. En huir. En escapar. En un tren que entra en una estación traqueteando, tambaleándose y trompicando. Akhila se sienta al lado de una ventana. Todo está en calma salvo el tren: La luna cuelga sobre su hombro y viaja con ella. Se desplaza a través de una colección de paisajes nocturnos, enmarcados todos por la ventana. La luz de una casa. Una fa-

milia reunida alrededor del fuego. Un perro aullando. Una ciudad lejana. Las aguas negras y oleaginosas de un río. Una colina amenazadora. Una carretera serpenteante. Un paso a nivel con las luces de cruce reflejadas en las gafas de un hombre que espera en su moto con las manos a los lados, un pie en el suelo, la cabeza ladeada, observando, esperando a que el tren pase.

En la estación, los retratos sustituyen a las impresiones. Reencuentros. Despedidas. Una sonrisa. Lágrimas. Rabia. Impaciencia. Ansiedad. Aburrimiento. Inmovilidad. Akhila los ve todos. El tren empieza a moverse.

Akhila sueña que ya está allí. Y que no está. Que suma los recuerdos momento a momento.

Pero la verdad es que Akhila nunca ha comprado un billete de tren expreso hasta ahora. Nunca ha subido a un tren nocturno con destino a un lugar que no conoce.

Akhila es una de esas mujeres. Hace lo que se espera de ella; de lo demás sólo sueña. Por eso colecciona sinónimos de esperanza igual que los niños coleccionan billetes usados. Para ella, la esperanza está entretrejida con los deseos no satisfechos.

Cielos azules, un rayo de sol entre las nubes. Akhila sabe que eso no son más que ilusiones provocadas por ver el mundo a través de cristales de color rosa. Ya hace tiempo que redujo a añicos sus gafas de cristales rosas y las cambió por unas de montura metálica con cristales incoloros en interiores y que se oscurecen al aire libre. Hasta el sol deja de brillar cuando los cristales de Akhila se vuelven de un marrón oscuro.

Pues ésta es Akhila. Cuarenta y cinco años. Sin gafas de color rosa. Sin marido, sin hijos, hogar ni familia. Sueña con la aventura y los espacios abiertos. Anhelante de saber.

Akhila no era una criatura impulsiva. Necesitaba tiempo para tomar cualquier decisión. La sopesaba, la meditaba, la consultaba con la almohada y sólo cuando había analizado todos y cada uno de sus matices y posibilidades, se decidía.

Hasta los saris que llevaba revelaban esta característica. Saris de algodón almidonados que exigían organizarse con tiempo. No como los de gasa o los de seda artificial, de lavar y poner. Ésos eran para gente que cambiaba de idea más de seis veces cada mañana antes de decidir lo que se iba a poner. Para las indecisas y las alocadas. Los saris almidonados necesitaban una cabeza ordenada y Akhila se enorgullecía de ser una persona organizada.

Pero cuando se despertó aquella mañana, arrancada del sueño por una diminuta mosca de alas transparentes y compacto cuerpo negro, irremediablemente perdida, impárrable e inquieta, que volaba zumbando por encima de su cara, Akhila sintió en su interior una extraña necesidad de viajar. Pensó que era consecuencia de los sueños que había tenido la noche anterior.

La mosca se posó en su ceja un brevísimo segundo y se frotó las patas con energía. Las moscas hacían esto todo el tiempo; cargando y descargando enfermedades y desengaños. Pero aquélla, un adulto joven, no tenía para descargar más que gérmenes de insatisfacción. Akhila la espantó con un gesto de la mano, pero la mosca ya había llevado a cabo su misión. Una corriente de ideas como larvas inundó su roja sangre y su pensamiento hasta que Akhila sintió un profundo deseo de subirse a un tren. De marcharse. De ir a algún sitio que no estuviera en medio de la tierra, como aquella ciudad de Bangalore. Al fin del mundo, quizás. Al menos de su mundo. Kanyakumari.

En Kanyakumari se juntaban los tres mares. El Golfo de Bengala, el Océano Índico y el Mar Árabe. Un tranquilo océano masculino flanqueado por dos revoltosos mares femeninos. Akhila había oído contar que en Kanyakumari, que entonces se llamaba Cabo Comorin, el decidido y valeroso Narendra se lanzó a las peligrosas aguas y a las sales de los tres mares y nadó hasta una roca, en la que se sentó resuelto a encontrar las respuestas que se le habían resistido toda la vida. Al dejar la roca se había convertido en Vivekananda, el que ha encontrado el gozo de la sabiduría. El santo que enseñó al mundo a levantarse, a despertar y no rendirse hasta haber conseguido sus objetivos.

Había leído que Kanyakumari recibió su nombre de la diosa que, como ella, puso su vida en suspenso, condenándose a una espera eterna. Y que la playa estaba hecha de arenas multicolores; los restos fosilizados de un banquete de bodas que nunca se sirvió ni se comió.

Akhila, tumbada en la cama con la mirada fija en la ventana, decidió que se iba. Esa misma noche.

Akhila sabía que a Padma no le iba a gustar. Últimamente, su hermana sospechaba de todo lo que ella hacía o decía. Akhila notó que la boca se le tensaba hasta formar una línea. Padma la llamaba la boca de solterona, la boca de Akka: adusta, severa y decidida a no tolerar ni una interferencia.

Se levantó y fue a mirar el calendario que colgaba en la pared de su cuarto. Pasó el dedo sobre los números. Diecinueve de diciembre. Pronto acabaría el año, pensó Akhila, y luego, sin saber por qué, buscó en el borde del calendario la aguja que solía tener clavada en el papel, enhebrada con hilo blanco. Lista para cualquier emergencia: un corchete caído, un bajo suelto... La aguja había desaparecido. Alguna de las chicas la habría cogido y ha-

bía olvidado devolverla. Siempre hacían eso, sin importarles las veces que les decía que había que dejarla allí otra vez. Aquello y el espejo del lavabo salpicado de círculos de fieltro granate (*bindis* adhesivos que se quitaban de sus mugrientas frentes y dejaban en el espejo para otro día) tomaron la decisión por ella. Se iba. Tenía que irse o se volvería loca confinada entre los muros de la casa y la vida que todos esperaban que llevara.

Akhila abrió su armario y sacó un sari de *chungdi* negro y rojo de Madurai. Era de algodón y estaba almidonado, pero los colores y el *zari* de oro llamaron la atención de Padma. Hacía mucho tiempo que Akhila no se vestía con colores brillantes y prefería ocultarse detrás de tonos polilla. Pero aquella mañana Akhila era una mariposa. Vestida con tonos mágicos y alegre abandono. «¿Dónde está la polilla? ¿Por qué no pliegas las alas? ¿Por qué no sigues intentando aparentar que tú y la madera sois una misma cosa? ¿Por qué no te ocultas entre las cortinas?», preguntaban los ojos de Padma.

Cuando Akhila vio el asombro cruzando el rostro de su hermana pensó que Padma aún tendría que descubrir que este día iba a ser diferente a todos los demás. Tuvo que reconocer que no la había preparado para algo así.

—Pero si nunca has tenido que hacer viajes de negocios —dijo Padma cuando Akhila le habló de su viaje a la hora del desayuno. Akhila esperó hasta haber desayunado (tres *idlies*, un cuenco pequeño de *sambar* y una taza de café bien caliente) y sólo entonces le mencionó el viaje. Seguro que Padma iba a oponerse, a poner el grito en el cielo y a montarle una escena, lo que le haría perder el apetito. Akhila estaba tan segura de eso como de que los ojos de Padma se entornarían desconfiados.

Al no responder Akhila, Padma insistió:

—¿No es un poco precipitado?

Durante un instante una mentira se asomó a los labios de Akhila: es un trabajo oficial. No se lo habían comunicado hasta el día anterior.

Pero ¿por qué?, se dijo a sí misma. No tengo por qué darle ninguna explicación.

—Sí, es algo precipitado —dijo.

—¿Cuánto tiempo estarás fuera? —en los ojos de Padma brillaba la duda mientras la observaba hacer el equipaje. Akhila sabía lo que pensaba Padma. ¿Va sola o la acompaña alguien? Un hombre quizá. Las fosas nasales de Padma se abrieron como si percibieran el tufo de relaciones ilícitas.

—Unos cuantos días —dijo. Al ver la expresión de Padma, Akhila pensó que había cierto placer en mostrarse imprecisa.

Todos los despachos de mercancías olían igual. Akhila tensó las fosas nasales anticipadamente. Dentro de unos segundos se permitiría inhalar poco a poco. Tras veinte años de ir y volver del trabajo en trenes suburbanos, estaba acostumbrada a lo que hacía que el resto de la gente arrugara la cara con un gesto de desagrado. Aunque el pescado era demasiado para ella. Esperó a que los mozos encargados de las mercancías llevaran una cesta de pescado al otro extremo de la estación. Cuando se fueron se acercó al borde del andén y miró a las vías. Largas líneas de metal que se perdían en el horizonte. No necesitaba haber venido a la estación pero pensó que tenía que ver a la luz del día lo que sería el arranque de la ruta de su aventura. El andén estaba desierto. Sin embargo, sintió un agujero en el estómago como si en cualquier momento el tren que iba a coger fuera a entrar en la estación y se hiciera la

hora de partir. Akhila sonrió al pensar en su propia simpleza. Se dirigió al mostrador de reservas donde la esperaba Niloufer.

En el extremo del mostrador había una cola muy larga. Una cola sobre todo de mujeres. Maridos, hermanos y algunos padres hacían guardia, acechando a su alrededor mientras sus mujeres permanecían de pie haciendo nudos en el *pallus* del sari, cambiando el peso de una pierna a otra, a la espera de su turno.

Akhila leyó el cartel que había encima de la cola: «Señoras, ancianos y personas discapacitadas». No sabía si sentirse ofendida o privilegiada. Había un cierto encanto anticuado, de insólita caballeñesidad, en aquel gesto de la Compañía de Ferrocarriles que decidía que las mujeres no debían someterse al bullicio y los empujones, las miradas aviesas y las manos sueltas, los sobacos sudorosos y las palabrotas que formaban parte de la experiencia de hacer la cola general. Pero ¿por qué lo estropeaban identificando a las mujeres con los ancianos y los discapacitados? Akhila reprimió un suspiro y buscó a Niloufer.

En alguna reencarnación anterior Niloufer debió de ser una abeja. Siempre estaba metida en algún proyecto. Durante un tiempo se dedicó a la cocina china; luego, a hacer alfombras; lo último era el punto de cruz. Eso quería decir que nunca le faltaban temas de conversación. Uno sólo tenía que escuchar y ella se encargaba de hablar. Pero, a pesar de ser tan charlatana, era una de las pocas personas que Akhila quería y respetaba. No fisionaba. No cotilleaba y era muy trabajadora y eficiente. No era Katherine. Pero Akhila tampoco buscaba otra Katherine.

—Niloufer —le dijo Akhila tan pronto entró en la oficina de recaudación—, ¿puedes sacarme un billete en el tren de esta noche a Kanyakumari?

—¿Por qué? ¿Qué pasa allí? —los ojos enmarcados en *kohl* de Niloufer se abrieron desmesuradamente. A Niloufer le gustaba ir muy arreglada. Llevaba muchas joyas, se maquillaba y elegía saris que le fueran con los complementos.

—¿Es que tiene que pasar algo en algún sitio para que me apetezca ir allí? —respondió Akhila.

—Va a estar difícil. Es temporada alta y todo el mundo quiere ir a Kerala de vacaciones, y hay hordas de fieles de camino a Sabarimala —dijo Niloufer mientras hojeaba un puñado de papeles—. Pero mi amiga la que trabaja en reservas nos ayudará. Sobre todo si le digo que es para ti. La voy a llamar ahora mismo.

Unos minutos después Niloufer fue a su escritorio sonriendo.

—Está todo arreglado. Me voy a acercar media hora antes de la hora de comer. Tú puedes venir un poco más tarde.

Akhila vio a Niloufer. Estaba de pie junto a la encargada de las reservas, charlando. No prestaban la menor atención a la gente y a las miradas furibundas que les lanzaban. Akhila levantó la mano disimuladamente. No quería llamar la atención con un saludo muy visible. Los ojos de Niloufer buscaron los suyos a través del cristal de la taquilla. Tenía la cara radiante y agitaba un billete.

—Ha hecho todo lo posible, pero el tren va lleno. No hay ni camas de segunda con aire acondicionado, ni billetes de primera. Sólo te ha conseguido una litera en un compartimento de segunda, pero en el reservado de señoras. ¿Te parece bien? Tendrás que compartirlo con otras cinco mujeres que se empeñarán en enterarse de tu vida —las campanas doradas de sus orejas repicaron.

Akhila sonrió.

—Eso es justo lo que necesito —murmuró sacando la chequera del bolso.

Akhila estaba en la estación del Distrito de Bangalore a las ocho y media de la noche. Se encontraba a escasos minutos de donde vivía. Pero tenía prisa por irse. Era como si, una vez decidida su huida, necesitara sacudirse el polvo de casa de los pies.

—¿Cómo te vas a ir sola a la estación? —le preguntó Padma cuando regresó por la tarde a casa.

—Voy a viajar sola, ¿no?

—Pero cuando salgas de aquí será tarde.

Akhila controló la irritación que sentía y dijo:

—No te preocupes. Hay muchos *autorickshaws* y son muy seguros. Además, la estación no está tan lejos.

Pero Padma no estaba dispuesta a rendirse y así, las últimas palabras que Akhila le oyó decir al salir de casa estaban veteadas de irritación.

—No sé lo que van a decir Anna Narayan y Anna Narsi cuando se enteren de que te has marchado tan de repente, y además sola...

Pero Akhila ya había dejado de escucharla.

—A la estación del distrito —le dijo al conductor del *autorickshaw* con voz cantarina.

Diez minutos más tarde estaba en la entrada de la estación, escudriñando las caras de la multitud.

«Aquí estoy», pensó con el corazón al galope. Una pequeña ola ribeteada de espuma de pura emoción recorrió su interior. Sintió que en los labios se le dibujaba una sonrisa. «Soy parte de la multitud que esta noche huirá de la ciudad. Voy a subir a un tren y a dejar que me lleve a un horizonte que no reconozco.»

Akhila se dirigió a la oficina del jefe de estación. En el tablón de anuncios que había en la pared de fuera buscó la lista de pasajeros. La visión de su nombre le dio confianza. Debajo de su nombre había otros cinco más: Sheela Vasudevan, Prabha Devi, Janaki Prabhakar, Margaret Paulraj y Marikolanthu. Debían de ser las otras pasajeras del reservado. Por un instante Akhila se preguntó quiénes serían aquellas mujeres. ¿Dónde irían? ¿Cómo serían sus vidas?

Akhila se alejó de la lista de reservas para localizar su compartimento en el plano del tren. El undécimo desde la locomotora. Cambió la maleta de mano y empezó a andar hacia el cartel en el que ponía once. Todos los bancos del andén estaban ocupados, así que se quedó de pie junto a un grifo de agua que goteaba. Se mordió el labio insegura. ¿Sería éste el sitio? Se volvió hacia una pareja de ancianos que había cerca y les preguntó:

—¿Para aquí el vagón S7 del expreso a Kanyakumari?

El hombre asintió:

—Creo que sí. Vamos en ese mismo vagón.

Aquella pareja de ancianos tenía algo que le hacía posar los ojos en ellos una y otra vez. Irradiaban una tranquilidad especial; eran una isla de calma en medio de un mar de inquietos seres humanos. Como si supieran que el tren llegaría tarde o temprano y que entonces sería su momento de subir los tres escalones de acceso al vagón que les llevaría a su destino. Que no tenía sentido estirar el cuello, arrastrar los pies o manifestar otros signos de insatisfacción hasta ese momento.

El hedor de la orina se levantaba y desaparecía con el movimiento de la brisa. Mozos con camisas rojas y brazaletes plateados esperaban junto a las maletas apiladas. Un mendigo con los miembros retorcidos acercaba su cuen-

co de lata a unos y otros. Un chiquillo y un perro corrían sin parar de un extremo al otro del andén. Un policía aburrido miraba fijamente a una pantalla de televisión.

El expreso de Udayan, que debía llegar antes que el de Kanyakumari, tenía retraso. El andén estaba abarrotado. Junto a Akhila, una familia entera, con padres, tíos, tías, primos y abuelos, había venido a despedir a un solo hombre. Se dirigía a Bombay, donde iba a coger un avión con destino a un país de Oriente Próximo.

Se preguntó cómo sería estar casada con un hombre que llevara muchos años en el extranjero y que, al volver a casa, fuera recibido por sus padres, hermanos, primos, familiares y amigos... Akhila miró al hombre que llevaba sobre sus hombros el peso de los sueños de otros. De eso lo sabía todo. Eso sí lo podía entender.

Retiró la mirada del hombre y se volvió hacia la pareja de ancianos. La mujer vestía un sari rosa pálido con festón dorado estrecho, una delgada cadena de oro alrededor del cuello y gafas con montura de metal. Llevaba el pelo recogido en un pequeño moño sobre la nuca. Un reloj con cadena de oro brillaba en su muñeca. En una mano sujetaba una botella de agua mientras la otra agarraba un pequeño bolso de piel. «Dentro de unos años tendré el mismo aspecto», se dijo Akhila. «Salvo que yo no tendré un hombre como él a mi lado.»

Él parecía bastante agradable. La ropa bien cortada, las gafas con montura de carey, el cuerpo todavía musculoso, los rasgos agradables, el modo en que su pelo iba retirándose de la frente, su forma de estar junto a su mujer, todo sugería una confianza exenta de agresividad. Parecían estar hechos el uno para el otro.

¿Qué tiene el matrimonio que hace posible que un hombre y una mujer entretejan sus vidas, sus sueños y hasta sus pensamientos de un modo tan completo? Sus padres

habían sido así. Incluso se parecían el uno al otro con sus frentes amplias, las narices ligeramente ganchudas y las barbillas partidas. Les gustaba el café con dos cucharadas de azúcar y el yogur apenas fermentado. Tenía que saber casi a leche.

Muchas veces su madre sólo tenía que pensar algo y su padre expresaba exactamente el mismo sentimiento en una fracción de segundo, entonces su madre decía:

—Iba a decir eso mismo.

Él la miraba y soltaba una carcajada de placer:

—Eso es porque estamos hechos el uno para el otro. Somos dos cuerpos con una sola alma.

Y su madre le devolvía la sonrisa tímidamente.

Akhila recordaba una novela que había leído cuando era adolescente sobre una pareja que estaba locamente enamorada, incluso después de muchos años de estar casados. Años más tarde no se acordaba ni del título del libro, ni de su argumento. Lo único que recordaba era la frase: «Los hijos de los amantes no son más que huérfanos».

De pequeña, la intimidad de sus padres no la excluía. Ella también formaba parte de aquel círculo encantado. Pero a medida que fue creciendo, la complicidad, el afecto que había entre ellos, el evidente placer que encontraban cada uno en la presencia del otro le hacían sentirse excluida. Después, la avergonzaban. Pero ellos permanecían por completo ajenos a sus sentimientos. E incluso si se daban cuenta de ellos, nada podía malograr o disminuir lo que era prácticamente una aventura amorosa vitalicia.

Cuando murió su padre llevaban casados casi veintidós años. Después de su muerte, todos los años en la fecha de su boda, su madre lloraba.

—Tu padre me había prometido un anillo para la nariz con un diamante en nuestro veinticinco aniversario. «Un diamante para la reina de mi corazón», decía. Me quería muchísimo —se lamentaba.

El dolor de su madre parecía crecer con cada año que pasaba.

Había perdido algo más que a su marido. Había sido parte de su vida desde el mismo momento en que nació. Como tío suyo la había llevado en brazos y le había mostrado las mariposas y los cuervos, la luna y el arco iris, las maravillas de la naturaleza. En cierto sentido, lo más natural era que él también le enseñara las maravillas de ser mujer.

La madre de Akhila se casó con su padre a los quince años. Él tenía veinticuatro. Akhila nació dos años y ocho meses después.

—Pero Amma, ¿cómo pudiste aceptar casarte con tu propio tío? —le preguntó Akhila en cierta ocasión—. Es antinatural.

—¿Qué tiene eso de antinatural? —le preguntó enfadada—. Es una norma completamente aceptada en nuestra sociedad. ¿Quién te crees que eres para ponerla en tela de juicio?

Akhila sólo tenía catorce años. Pero, aun así, soltó un profundo suspiro de alivio por no tener un tío esperando a verla crecer.

Su madre le lanzó una mirada atravesada y le sugirió que saliera a recoger la colada.

—Las cabezas desocupadas producen pensamientos vacíos. Pensamientos peligrosos —dijo su madre tristemente.

—Cuando acabes de doblar y separar la ropa, planchala. Pero déjame a mí las camisas de tu Appa. Sólo le gusta cómo se las dejo yo —añadió.

→ = Le Bode del Monzón

Akhila hizo una mueca, porque sabía que eso no era cierto. A su padre no le importaba quién le planchaba las camisas mientras estuvieran planchadas. Pero a Amma le gustaba perpetuar aquel mito del marido tirano fácil de enfurecer que sólo podía aplacarse mediante su entrega más absoluta. Al contrario que otros hombres del barrio que dejaban que sus mujeres organizaran sus vidas. Como el padre de Karpagam.

La madre de Karpagam era profesora de baile. Todas las tardes, entre las cuatro y las seis, daba clase de baile a las niñas del vecindario. Al acabar un año de clases, sus estudiantes sabían lo suficiente para participar en los concursos de baile de su escuela y ganar premios. Por eso muchas niñas acudían a estudiar danza con ella. Además, sólo cobraba treinta y cinco rupias al mes por estudiante. Ganaba lo justo para permitirse pequeños caprichos para Karpagam y para ella. A lo mejor era por eso por lo que la madre de Akhila no se juntaba con la de Karpagam. A la madre de Akhila no le gustaba la gente diferente.

Una mañana, cuando Akhila contaba nueve años de edad, Karpagam llevó a la escuela un lápiz de treinta centímetros de largo con una preciosa manita de plástico rosa encajada en un extremo. Inmediatamente, Akhila quiso tener uno.

—¿De dónde lo has sacado? —susurró cuando Karpagam le demostró cómo se rascaba la espalda con ella.

—Me lo ha regalado mi madre —dijo dándose otra prolongada rascada en la espalda.

—¿Cuánto cuesta?

—Seis rupias. Aunque mi madre lo ha comprado en Moore Market. Regateó con el vendedor y lo consiguió por tres rupias. Pero su precio auténtico es de seis rupias —dijo Karpagam dándole el lápiz a Akhila para que lo cogiera y se rascara con él.

—¿Verdad que es estupendo? —preguntó viendo la expresión de placer en la cara de Akhila.

—Es precioso. ¿Me lo puedo llevar a casa hasta mañana? Se lo quiero enseñar a mi madre para que me compre uno —dijo Akhila acariciando las formas de la manita como si fuera una mano real. Una mano que sostener y acariciar.

Karpagam titubeó.

—Se lo tengo que preguntar a mi madre... —empezó a decir.

—Prometo traértelo mañana. Fíjate, si me compra un lápiz como éste nos podemos rascar la espalda juntas —dijo Akhila con sinceridad.

—¡Qué boba eres! —dijo riendo Karpagam, divertida ante la idea de las dos rascándose con sus lápices. Quizá por eso dejó que Akhila se llevara el lápiz a casa.

Amma se enfadó mucho.

—La madre de Karpagam puede comprarle lo que quiera. La madre de Karpagam tiene sus propios ingresos. Yo no tengo dinero para comprarte cosas inútiles. ¿No te das cuenta de lo que nos cuesta llegar a fin de mes a pesar de lo mucho que trabaja Appa? Y no quiero que traigas a casa cosas de otras personas. ¿Qué pasa si pierdes o se te rompe el lápiz? ¿De dónde sacó el dinero para comprar otro?

Akhila le devolvió el lápiz a Karpagam al día siguiente.

—¿Qué ha pasado? —preguntó ésta—. ¿Cuándo te va a comprar uno tu madre?

—Me ha dicho que no tiene dinero para comprarme cosas como tu madre —contestó Akhila.

Pero durante todo el día y toda la noche, Akhila estuvo pensando en ello. Si Amma tuviera trabajo también tendría dinero y podría comprarle las cosas que quisiera

sin necesidad de molestar a Appa. Pero ¿qué podía hacer Amma para ganar algo de dinero?

A la mañana siguiente Akhila oyó cómo su madre cantaba bajito mientras hacía las tareas de la casa. Era fiesta, de modo que Akhila disponía de todo el día para preparar el abordaje a su madre con lo que ella consideraba una maniobra magistral.

—Amma —le dijo cuando pensó que su madre parecía de un humor lo bastante receptivo. Amma se estaba peinando mientras cantaba suavemente—. ¿Por qué no das clases de canto?

Amma levantó la mirada sorprendida.

Akhila se apresuró a aclararlo.

—Cantas muy bien y Appa siempre dice que tienes una de las voces más bonitas que ha oído. ¿Por qué no das clases de música como la madre de Karpagam las da de danza? Así tendrías tu propio dinero... —Akhila dijo esto débilmente, preguntándose si no habría hablado más de la cuenta.

—No me gusta lo que hace la madre de Karpagam. Entra en su casa todo tipo de gente. Sean brahmanes o no. ¿Crees que tu padre consentiría semejantes tejemanejes aquí? ¿Es que no sabes lo estricto que es? Y, en cualquier caso, ¿crees que me lo permitiría? «Si hubiera querido una esposa trabajadora me la habría buscado así», me dijo recién casados. «Quiero que mi mujer se ocupe de mí y de mis hijos. No quiero que esté tan agobiada con su trabajo que no tenga tiempo para la casa y para satisfacer mis necesidades.» Y yo también quería ser eso. Una buena esposa.

Amma tenía sus propias teorías sobre cómo debía ser una buena esposa. En primer lugar, una buena esposa no podía servir a dos señores, refiriéndose con los dos señores a su padre y a su marido. Una buena esposa apren-

día a anteponer los intereses de su marido ante los del resto del mundo, incluidos los de su propio padre. Una buena esposa escuchaba a su marido y hacía lo que él decía.

—No existe el matrimonio igualitario —decía Amma—, es mejor aceptar que la mujer es inferior al marido. Así no habrá peleas, no habrá desavenencias. Cuando una quiere demostrar la igualdad es cuando empieza a haber roces y enfrentamientos todo el tiempo. Es mucho más fácil y sencillo que una acepte su posición en la vida y viva de acuerdo con ella. La mujer no debe adoptar el papel del hombre. O los dioses no la hubieran hecho de esta manera. O sea que, ¿qué es eso de que los dos son iguales en el matrimonio?

Amma dejaba todas las decisiones a Appa.

—Él sabe más —decía—. Nunca hemos tenido que lamentar ni una sola de las decisiones que ha tomado, aunque las tomara por mí.

Por eso, cuando llevaban varios años casados y Amma heredó un pequeño trozo de tierra en su pueblo, observó cómo su marido la vendía sin una palabra de disconformidad. Unos años después, un primo le contó en una carta que aquel mismo terreno se había vendido por diez veces su precio original.

—Si nos la hubiéramos quedado podríamos haber comprado una casa en propiedad —suspiró Amma.

Cuando oyó que Akhila la acompañaba en el suspiro, cambió de expresión y dijo:

—Que conste que no digo que tu padre tomara una decisión equivocada. ¿Quién podía imaginarse que los precios de la tierra iban a subir tanto en un lugar como Mettupalayam?

La familia de Amma era bastante pudiente. Pero ella era hija de la primera mujer, que había muerto cuando ella tenía once años. Murió dando a luz a un niño que

tampoco sobrevivió al parto. Un año más tarde su padre se volvió a casar. Su segunda mujer y los hijos que paría fácil y regularmente cada dieciocho meses le tenían demasiado ocupado para encargarse de una hija. Cuando la madre de Akhila llegó a edad casadera, organizó su boda con Appa. Una boda muy austera. Después de todo, hacía años que ya estaba todo concertado y acordado. En el mismo momento de su nacimiento, de hecho.

Tenían de todo, o sea que no había motivo de queja, pero no tenían ni mucho dinero ni muchas joyas, ni ninguna otra cosa de valor duradero. Aquel terreno había sido la única herencia de un padre que lo había dejado todo a los hijos varones.

Pero Appa insistió en que rompiera cualquier contacto con una familia que la había tratado tan mal y decidió vender la tierra.

—De ahora en adelante yo soy todo lo que tienes —le dijo.

Y Amma lo había aceptado de buen grado. Desde la muerte de su madre nadie la había querido tanto. Y ésta era otra declaración de lo mucho que significaba para él.

Muchos años después Akhila le comentó a su compañera, y posiblemente su única amiga de verdad, Katherine, que su madre era también la sobrina de su padre. Katherine se le había quedado mirando alucinada.

—Pero ¿cómo puede nadie casarse con su tío? ¡Eso es incesto! —había exclamado boquiabierta.

—Supongo que sí es incesto —admitió Akhila—. Puede que por eso se sintieran tan cómodos el uno con el otro.

—No puedo entender de qué va vuestra religión —dijo Katherine sacudiendo la cabeza—. Consideráis pecado comer un huevo. ¡Pero es completamente normal que te cases con tu tío!

Akhila entendía el punto de vista de Katherine pero, por alguna extraña razón, sentía que tenía la obligación de defender a sus padres. Que tenía que explicar cómo había sido su matrimonio.

—Eran muy felices juntos. Las personas más felices del mundo. A veces pensaba que era porque se conocían de toda la vida. Imagínate, mi madre le debió de vomitar por la espalda a mi padre. Tal vez, incluso se le hizo pis encima. Ella le oyó cambiar la voz y vio aparecer los primeros pelos en su labio superior.

—Todo eso está muy bien, pero no hace falta que te cases con tu tío para sentirte cerca de tu marido —argumentó Katherine—. En ese caso, también te podrías casar con tu hermano.

—No, no es eso lo que quiero decir. Pero sabes una cosa, hace años, cuando todavía pensaba en casarme, hubiera aceptado casarme con cualquiera. Hasta con un tío mío —dijo Akhila sólo medio en broma.

Akhila miró el reloj, impaciente por que sonara el aviso de la llegada de su tren. El expreso de Udayan había llegado y se había ido y ahora el andén estaba lleno de pasajeros del expreso de Kanyakumari. La pareja de ancianos se había desplazado unos pasos más adelante. Akhila se preguntó cuánto tiempo llevarían esperando allí.

El hombre empezaba a parecer algo nervioso. Le preguntó algo a la mujer. Ella asintió con la cabeza. Él se separó de la multitud y fue al kiosco de la entrada. Regresó con un refresco para ella. Ella dio un trago y se lo ofreció a él. Él negó con la cabeza.

«¿Por qué pierdo el tiempo mirándoles?» Akhila apretó los labios. «Ésta es la prueba de lo que me ha dicho

mi familia. Una mujer no puede vivir sola. No se las puede arreglar sola.» El cambio de señales le impidió entrar en reflexiones más profundas. La luz de cabecera del tren se acercaba a la estación y los altavoces anunciaron su llegada. Akhila cogió su maleta y agarró con fuerza el asa dispuesta a subir al tren.

La marea de pasajeros avanzó en cuanto el tren se detuvo. Akhila sintió que el miedo la empujaba. El tren sólo se detenía allí dos o tres minutos. ¿Cómo podrían subirse todos al mismo tiempo? Se abrió camino entre la gente a codazos. Cuando llegó a la puerta se encontró con el anciano. Ayudaba a su mujer a ascender los escalones del vagón.

—Venga, suba al tren, deprisa —le dijo a Akhila.

Empujó al resto de los pasajeros mientras Akhila subía su maleta y lograba entrar en el vagón.

El reservado de señoras estaba al principio del coche. Entró en él y buscó su número. En el compartimento había seis literas. Tres a cada lado. La suya era una de las de abajo. Pero, por ahora, las seis pasajeras se sentarían en las literas inferiores hasta que fuera la hora de acostarse. Entonces soltarían la litera intermedia de su seguro en la pared y la asegurarían a la de arriba. Akhila metió la maleta debajo del asiento y echó una mirada a su alrededor. La anciana estaba enfrente. Su marido había puesto la maleta debajo del asiento y soplaba en una almohada hinchable. Cuando estuvo inflada y prieta le dio unas palmaditas y se la puso al lado. Subió la ventana y aseguró la lengüeta para que no se cayera y le pillara la mano.

—¿Quiere que le ayude a subir la ventana? —le preguntó a Akhila.

Ella sonrió y rechazó su ofrecimiento.

—Estás bien, ¿verdad? —preguntó tras volverse hacia su mujer—. Cuando te vayas a dormir cierra las persia-

nás de madera. Así entrará una brisa agradable y no tendrás que preocuparte por que te roben los pendientes o la cadena. No te olvides de tomar la medicina. Estoy en el mismo vagón, no te preocupes. Vendré a verte de vez en cuando.

—Cuando se fue, la anciana miró a Akhila divertida y le explicó:

—Reservamos los billetes hace sólo dos días y esto fue todo lo que pudimos conseguir. Él ni siquiera tiene litera.

—Parece que hay una litera libre —dijo Akhila—. Puede que se la dejen coger. No les importa que vayan hombres mayores en el reservado de señoras.

—Ya está vendida. Me han dicho que la ocupante sube al tren en la próxima estación o en la siguiente.

El tren se puso en marcha y Akhila miró alrededor. Pensó en lo que le había dicho Niloufer y sonrió para sí. «Cinco mujeres, cháchara incesante. ¿Podrás soportarlo?», le había tomado el pelo Niloufer.

Una hermosa mujer delgada con el pelo corto y ojos como pedazos de ónice se sentó junto a la anciana. Akhila pensó que sería médico. Parecía examinarlo todo y a todos. La mirada de la mujer coincidió con la suya y sonrió. Una sonrisa breve y amplia que suavizó la dureza de su intensa mirada. Akhila le devolvió la sonrisa y retiró los ojos. Junto a Akhila se sentaba una mujer guapa de piel clara y figura esbelta, vestida de forma que revelaba riqueza. Llevaba pulseras de oro en las muñecas y diamantes en las orejas. Sus uñas eran largas y estaban pintadas de un rosa discreto. Parecía no haber dado ni golpe en su vida. Akhila no entendía qué hacía en un compartimento de segunda clase.

—¿Dónde va usted? —le preguntó la mujer.

—Voy a Kanyakumari. ¿Y usted? —preguntó Akhila.

—A Kottayam. A una boda. Pensaba ir en coche con mi marido, pero ha tenido que ir a Bombay por negocios y de allí cogerá un avión a Kochi —«y esto es lo único que he podido conseguir en tan poco tiempo», decía su expresión, aunque las palabras quedaron sin pronunciar.

—¿Y usted? —preguntó la anciana a la hermosa mujer de su lado.

—Me apeo en Coimbatore —dijo ésta. Su voz era tan dulce como su rostro y, sin embargo, había algo en ella que hacía que Akhila se sintiera incómoda—. ¿Y usted?

—En Ernakulam —respondió la anciana.

La mujer del extremo del compartimento permanecía sentada hecha un ovillo, vuelta hacia la puerta. Parecía por completo ajena al resto de las ocupantes de aquel espacio.

La miraron. No era una de ellas. No parecía una de ellas. No es que fuera pobremente vestida o que la rodeara el hedor de la miseria. Era sencillamente la expresión de su cara. Como si lo hubiera visto todo, la inestabilidad y la fragilidad del ser humano, y no hubiera ya nada que la pudiera sorprender. Por el contrario, sus caras, aunque mucho mayores que la de ella, no estaban marcadas por la vida y el sufrimiento.

Además, estaban seguras de que no hablaría inglés, como todas ellas. Y aquello era suficiente para establecer una distancia entre la una y las otras.

La mujer que se sentaba junto a Akhila abrió una cesta y sacó unas naranjas.

—No quería dejarlas en casa y que se pudrieran. Coged una —dijo, ofreciendo la fruta.

—Me llamo Prabha Devi. ¿Y vosotras? —preguntó a nadie en particular.

Prabha Devi. La anciana era Janaki. La guapa era Margaret. Y ella, Akhila, Akhilandeswari.

La mujer de la puerta había esperado a que pasara el revisor y se había subido a la litera más alta a dormir. Por alguna extraña razón, Akhila notó que todas se sentirían mejor si no la tenían que incluir en su conversación. Sin tener que aparentar que tenían algo en común con ella. Sin tener que hacer frente común con ella porque todas eran mujeres.

El perfume de las naranjas llenó el reservado. Y con él, una silenciosa camaradería surgió entre ellas.

Akhila se quitó las sandalias, recogió los pies encima del asiento y se apoyó contra la ventana. La brisa le revolvió el pelo. La luna colgaba sobre su hombro.

—Mi nieto me ha dado una chokolatina. Para que comiera algo durante la noche —dijo la anciana sonriendo—. ¿Os apetece un poco?

Ofreció la chokolatina a las demás.

Akhila cogió un trozo del Kit Kat y le quitó la plata que lo envolvía. Margaret negó con la cabeza.

—Yo no. Tengo que vigilar el peso.

Janaki sacudió la cabeza incrédula.

—¿Por qué tienes que vigilar el peso? Estás muy delgada.

—Antes era gorda. No rellenita, ¿eh? Gorda de verdad —dijo Margaret—. Cuando me puse a dieta tuve que dejar de comer un montón de cosas y creo que le he perdido el gusto al chocolate. Me encantaba. Pero ya no...

—Yo tampoco como chocolate —dijo Prabha Devi, devolviéndoselo a Janaki—. Mi hijo tiene diecisiete años pero cuando hay chocolate por medio es como si tuviera tres. Cada vez que mi marido viaja al extranjero por

asuntos de negocios le trae chocolate. Mi hija dejó de comerlo cuando se dio cuenta de que era el chocolate lo que hacía que la piel se le llenara de granos. A veces pienso que se pasa la vida delante del espejo buscando un grano o una espinilla. Ahora le pide a mi marido que le traiga maquillaje de una tienda llamada Body Shop.

—¿A qué se dedica tu marido? —preguntó Janaki.

—Tenemos joyerías —dijo Prabha Devi—. No debería decir «tenemos». Él tiene las joyerías. Yo soy ama de casa.

—No tiene nada de malo. Yo también soy ama de casa —dijo Janaki. Luego se volvió a Margaret—. ¿Y tú?

—Mi marido es director de una escuela. Yo enseño química en la misma escuela —contestó.

—¿Y discutís por todo? —se rió Prabha Devi e inmediatamente, como si se acabara de dar cuenta de lo que había dicho, se tapó la boca con la mano e intentó explicarse—: Es que no sólo compartís el hogar, también el trabajo.

—Tuvimos problemas al principio pero ahora ya sabemos cómo evitar las tensiones cuando surgen. Separamos el trabajo en la escuela de nuestra vida privada. Nos costó mucho tiempo, pero ahora nos arreglamos muy bien. Y ¿sabéis una cosa? Mi hija también estudia en la misma escuela —dijo Margaret con una risita.

—¿A qué se dedica tu marido? —preguntó la anciana volviendo la cabeza hacia Akhila.

—No estoy casada —dijo ésta.

—Ah —Janaki quedó en silencio. Akhila se dio cuenta de que Janaki creía que la había ofendido. Inspiró profundamente.

—Tengo cuarenta y cinco años y siempre he vivido con mi familia.

Prabha Devi se giró hacia ella. Pero fue Margaret la que habló en primer lugar.

—¿Trabajas?

Ella asintió.

—Trabajo en el Ministerio de Hacienda.

—Si no te molesta que te lo pregunte, ¿por qué no te has casado? —preguntó Prabha Devi acercándose a Akhila—. ¿Preferiste quedarte soltera?

«¿Qué les voy a decir?», se preguntaba Akhila.

Y de repente no tenía importancia. Akhila supo que podía decir a aquellas mujeres lo que quisiera. Sus secretos, sus deseos y temores. A cambio, podría preguntarles cualquier cosa que se le ocurriera. No volverían a verse nunca más.

—No decidí quedarme soltera. Las cosas salieron así —dijo. Al ver la curiosidad en sus ojos, continuó—. Mi padre murió y tuve que ocuparme de la familia. Cuando ya tenían sus vidas resueltas yo era demasiado mayor para pensar en casarme.

—No eres tan mayor —dijo Janaki—. Todavía puedes encontrar un buen hombre. Las secciones de contactos matrimoniales están llenas de anuncios de hombres entre cuarenta y cincuenta años que buscan una mujer madura con la que compartir la vida.

—A mí me parece que esos hombres lo que quieren es una criada: alguien que cocine, limpie y les cuide. Si es feliz así, ¿por qué tendría que casarse? —preguntó Margaret.

—¿Eres feliz? —preguntó Prabha Devi.

—¿Hay alguien feliz? —respondió Akhila.

—Depende —dijo Prabha Devi colocándose un mechón de pelo detrás de la oreja—. Depende de cómo se defina la felicidad.

Akhila se inclinó hacia ella y dijo:

—En mi opinión, el matrimonio no tiene importancia. La compañía sí, eso sí me gustaría. El problema es

que quiero vivir a mi aire, pero todo el mundo me dice que una mujer no puede vivir sola.

—¿Por qué iba a vivir sola una mujer? Siempre hay algún hombre que desea vivir con ella —dijo Janaki quitándose las gafas para frotarse el puente de la nariz—. ¿Nunca has conocido a alguien con quien quisieras casarte?

—Sí —dijo Akhila y una ligera sombra cubrió su cara—. Pero no pudo ser.

—¿Por qué? —preguntó Prabha Devi—. ¿Por qué no pudo ser?

—No éramos el uno para el otro. Además, ya apenas pienso en casarme. Lo único que intento es convencerme de que una mujer puede vivir sola.

—Confía en tu instinto —dijo Margaret—. Tienes que encontrar tus propias respuestas. Nadie puede ayudarte a hacerlo.

Akhila hizo una pausa y comenzó de nuevo:

—Mi familia me decía que si hablaba con otras personas, me dirían lo insensato que era que yo, una mujer soltera, quisiera vivir sola. Pero yo ya esperaba que mi familia dijera algo así. Así que les hice creer que hablaría con alguna gente. Estaba convencida de que quería vivir sola y no necesitaba que nadie me lo dijera. Pero una noche me desperté sobresaltada. El corazón me saltaba en el pecho y me sentía paralizada por un temor indescriptible. «¿Cómo puedo?», me preguntaba. «¿Cómo puedo yo, que no he pasado ni una semana separada de mi familia, sobrevivir a un futuro de soledad? ¿Yo qué sé cómo se lleva una casa? ¿Qué haré si me pongo enferma? ¿A quién recurriré? ¿Qué sé yo de la vida?» Y cuando he entrado en este reservado y os he visto a todas... Ya sé que estáis casadas... He pensado que si hablaba con vosotras... me ayudaría a decidirme.

Prabha Devi y Margaret se miraron divertidas. Luego, Margaret se miró una uña y dijo con una sonrisa misteriosa:

—¿Y qué pasa si yo te digo que debes vivir sola —señaló a Prabha Devi—, pero ella dice que no puedes, que debes seguir viviendo con tu familia. ¿Qué harás entonces?

—No os burléis de ella —dijo Janaki. Janaki, que bien podría ser la madre de todas. Con qué facilidad se repartían los roles familiares. La madre y las tres hijas. Dos hermanas aliadas para fastidiar a la tercera.

—Lo dice en serio. ¿No os dais cuenta?

Akhila se encogió de hombros.

—No sé si podréis ayudarme. Pero quiero que me digáis lo que pensáis de verdad. ¿Puede una mujer arreglárselas sola?

—¿Estás buscando que te demos un consejo? —preguntó Janaki.

—No quiero consejos. Sólo quiero que me digáis si creéis que una mujer puede vivir sola —dijo Akhila en voz baja.

Janaki escrutó su cara, buscando los ojos. Akhila permaneció callada. Janaki suspiró:

—Ellas —dijo señalando a las otras dos— tienen una edad más cercana a la tuya. Deberías hablar con ellas. Su opinión te será más válida que la mía. Yo no soy la persona indicada para hablar. Mi marido y yo llevamos casados cuarenta años. Es mucho tiempo para una pareja. ¿Cómo podría decirte lo que es que una mujer viva sola?

El reservado quedó en silencio. Durante un instante Akhila pensó que entre ellas se había establecido un vínculo. Como fetos encerrados entre las paredes de un claustro materno que comparten el sustento de sus vidas, amparadas por la oscuridad externa y la certidumbre de que lo que

compartieran dentro de aquellas paredes no iría más allá de aquella noche y del espacio delimitado por ellas.

—No sé lo suficiente ni del mundo ni de ti como para dar consejos. Lo único que puedo hacer es hablarte de mí, de mi matrimonio y de lo que éste ha significado para mí —comenzó Janaki de repente, lentamente, como si tuviera que elegir cada palabra con gran cuidado—. Soy una mujer a la que siempre han cuidado. Primero mi padre y mis hermanos; luego, mi marido. Cuando mi marido muera lo hará mi hijo. Él continuará cuidándome a partir de que mi marido falte. Las mujeres como yo acaban siendo frágiles. Nuestros hombres nos tratan como princesas. Y por eso miramos con desprecio a las mujeres fuertes y capaces de vivir solas. ¿Entiendes lo que quiero decir?

»Puede que por el modo en que me educaron, puede que por las ideas que se me imbuyeron, siempre he creído que el deber de una mujer es casarse. Ser una buena esposa y madre. Creía en el viejo y manoseado tópico de que la mujer es la reina del hogar. Yo defendí mi corona a brazo partido. Y un día, de repente, todo dejó de tener importancia. Mi casa dejó de interesarme; ninguna de las convicciones sobre las que había construido mi vida significaba nada. Creía que si lo perdía todo, podría sobrevivir. Que si alguna vez me quedaba sola, me las arreglaría sin problemas. Lo tenía muy claro. Creo que estaba harta de ser aquella frágil criatura.

Akhila analizó el rostro de Janaki. ¿Qué quería decir con «estaba»?

—Pero has cambiado de opinión. ¿Por qué? —preguntó Akhila.

Janaki dio unas palmaditas en la almohada hinchable como si fuera la mano de su marido y dijo:

—Ahora sé que, aunque sea capaz de vivir sola, no es lo mismo si él no está conmigo.

2. De cierta edad

Plumas. Flotando ligeras. El roce de la seda en el interior del brazo. Todas las noches Janaki se tumbaba de lado con la cabeza apoyada en el hueco del brazo y pensaba en las cosas agradables y gratas de la vida. Cualquier cosa que la distrajera de los ruidos que llegaban a través de las paredes del baño. Ruidos que había oído prácticamente todas las noches en los últimos cuarenta años.

El gorgoteo de la cisterna cuando él tiraba de la cadena. El chapoteo del agua en el suelo de la ducha al caer en cincuenta y dos chorros de agua tibia. Él era así: los extremos de cualquier clase le inquietaban. Su canturreo monótono mientras se enjabonaba vigorosamente, dejando que la blanca espuma aromatizada cubriera su cuerpo. Un líquido amniótico artificial antes de enrollarse en posición fetal junto a ella. Más chapoteos. El tintineo de sus dientes en un cuenco de porcelana. Se cepillaba esperanzado la dentadura postiza y los dientes que le quedaban todas las noches. Gárgaras. Escupir. El canturreo monótono una y otra vez.

«¿Realmente oigo todos esos sonidos? ¿O es que me los sé?», se preguntaba Janaki. «¿De verdad llevamos treinta años viviendo juntos?»

Janaki se casó con Prabhakar cuando ella tenía dieciocho años y él veintisiete. El suyo fue un matrimonio